

Un personaje llamado Fallarás

ÁLVARO COLOMER

Cristina Fallarás
A la puta calle.
Crónica de un
desahucio

EDICIONES
DEL BRONCE
160 PÁGINAS
12,90 EUROS

**Últimos días
en el Puesto
del Este**

SALTO DE PÁGINA
112 PÁGINAS
12,50 EUROS

Cristina Fallarás ha escrito dos libros sobre un mismo tema. El más reciente, *A la puta calle*, es una crónica sobre el proceso de desahucio hipotecario en el que la autora anda inmersa, y el otro, *Últimos días en el Puesto del Este*, es una alegoría lírica sobre el estado anímico en el que se encontraría cualquier persona que, viéndose atacada por todos los flancos, no diera con una salida a su situación. Así pues, Cristina Fallarás, sin duda una de las escritoras y periodistas más poliédricas del mundillo cultural barcelonés, no es únicamente la autora de estos dos títulos, sino que también puede ser vista como la protagonista de dos historias que, de algún modo, marcan un punto de inflexión en la bibliografía de una narradora que hasta la fecha había navegado por dos ríos excesivamente concurridos: el

llevaba tiempo cebándose con los medios de comunicación. Así pues, a lo largo de ciento sesenta páginas asistimos al desmoronamiento económico de una periodista que, habiendo llevado una trayectoria profesional impecable y teniendo dos niños a su cargo, se ve repentinamente atrapada por una situación de la que no sabe cómo escapar. Si Cristina Fallarás se ha lanzado a escribir esta crónica es porque considera que el drama social de los desahucios tiene un "problema narrativo", es decir, adolece de personas capaces de relatar el sufrimiento padecido por un ser humano que se ve desposeído de su hogar, y es por eso que ella ha decidido asumir la labor de "contar el drama" a través de la escritura. A fin de cuentas, ese es su oficio. Pero el texto presenta otra faceta sumamente interesante en la que la autora no se detiene, pero que resulta fundamental para la comprensión del libro: el mantenimiento de una postura moral frente a la inmoralidad que supone que los bancos rescatados por el estado no hagan lo propio con sus clientes. A lo largo del proceso de desahucio, Fallarás toma decisiones que van en su propia contra y que toparán con la incompreensión de algunos lectores, pero que al mismo tiempo les hará sentir cierta admiración por aquellas (escasas) personas que, aún sabiendo que nadan a contracorriente y que serán objeto de toda clase de críticas –como le ha ocurrido a Fallarás en su propio entorno laboral–, mantienen una opción moral hasta las últimas consecuencias.

El peligro de todo esta exposición pública por parte de la autora es que el personaje Fallarás pueda acabar tapando a la escritora Fallarás, e impidiendo que prestemos la suficiente atención a una novela tan arrolladora como *Últimos días en el Puesto del Este*, título que, además de merecer del Premio Ciudad de Barbastro 2012, fue publicado por la editorial DVD poco antes de su desaparición y que ahora rescata Salto de Página para fortuna de los lectores. Esta distopía de corte apocalíptico narra el desconsuelo de una mujer que, en un futuro no muy lejano y en este mismo país, trata de sobrevivir junto a un grupo de refugiados que huyen de los fanáticos religiosos, o bárbaros, que se han adueñado de la sociedad. La ambientación del libro nos retrotrae a aquellos paisajes desolados que ya mostraran Cormac McCarthy en *La carretera*, Rafael Pinedo en *Plop* o Paul Auster en *El país de las últimas cosas*, pero que en esta ocasión se ven ampliados por el recuerdo del amor que la protagonista sintió hacia el hombre que la protegía no sólo de los enemigos, sino también de sus propios amigos. ¿Les suena? La calidad de esta novela es indiscutible, pero al mismo tiempo nos obliga a reflexionar sobre un asunto sobre el que ya se han escrito ríos de tinta: ¿será cierto eso de que la infelicidad genera grandes novelas? Esperemos que no, aun cuando *Últimos días...* pueda hacernos pensar lo contrario. |



Cristina Fallarás

EFE

del periodismo, que ahora abandona para convertirse ella misma en noticia, y el de la novela negra, que le había dado no pocas alegrías –la mayoría en forma de premios– pero que ahora deja de lado para ofrecernos una novela de mayor tonelaje.

A la puta calle es una crónica en la que la autora narra su proceso de desahucio hipotecario, el cual empezó, según la propia Fallarás, en el 2008, cuando perdió su trabajo como subdirectora del periódico ADN y se convirtió en una de las primeras afectadas por una crisis financiera que empezaba a arrasar el país y que ya

nos con violencia o, al menos, con convicción utópica, ante la situación que padecemos.

Yo, precario comparte con otros títulos recientes (como *A la puta calle*, de Cristina Fallarás), y con un sinnúmero de blogs, el retrato de una misma hostilidad. La hostilidad laboral que se multiplicó en el cambio de siglo, cuando cayeron las cuotas de bienestar y el compañero se convirtió en rival: "viviendo en la incertidumbre", escribe López Menacho, "ya no hay compañeros de trabajo, sino enemigos". Comparten también la fe en el testimonio en primera persona, escrito con las herramientas que brinda la literatura, en un tono cercano al periodismo gonzo. Esos textos pueden leerse como un cambio de orientación: los escritores nos hemos convertido en las víctimas de la crisis, sus protagonistas ya no son ficticios, somos nosotros, y pocas ganas nos quedan para la ficción. Como escribe Fallarás: "Ustedes son de los que creen que lo que no se nombra, no existe. Ustedes acostumbran a pensar que los pobres y los desahuciados no saben escribir ni expresarse. Ya verán qué pronto se les va a pasar".

Sólo el lenguaje podrá salvarnos

Algunas de las reflexiones más afiladas que he leído sobre estos negros años españoles están en *2020*, la novela de Javier Moreno (Murcia, 1972), en que Eurovegas ya es una realidad y la T4 de Barajas se ha convertido en un albergue de indigentes en aviones abandonados, donde vive el propio escritor: "Tenían razón los que pregonaban que la crisis era una época de oportunidades. La miseria siempre ha sido una oportunidad al alcance de cualquiera". Al contrario que muchos de sus contemporáneos de todas las edades, el autor de *Alma* intenta pensar el concepto de revolución en nuevos términos, en un contexto donde tomar espacios físicos ya no es útil, porque "lo único que importa es el flujo". De ahí el descrédito del funcionariado: una apuesta perdedora por lo sólido en la época de lo gaseoso.

Una última afirmación de Moreno ("La pobreza empieza con la precariedad de la sintaxis") conecta su ficción con *El niño que robó el caballo de Atila*, de Iván Repila (Bilbao, 1978), una brutal fábula beckettiana protagonizada por dos hermanos que se ven sometidos a las inclemencias de un pozo. Su final es catártico, esperanzador y violento. Un final utópico y lorquiano que nos recuerda que sólo el lenguaje podrá salvarnos: "que nos despertemos mañana de este sueño nefasto con el coraje de un mar que se desborda, arrasando los muros que nos silenciaron, recuperando el sitio, tomando la palabra". Porque todo es lenguaje y esta crisis, como todas, está hecha de semántica, de gramática, de sintaxis, de textos. |

ESCRITURAS

Miércoles, 24 abril 2013

15 Culturales La Vanguardia